

En todo el norte y el este de África se crían muchos dromedarios: varias tribus árabes poseen miles y centenares de miles: en el Sudan he conocido jefes que tenían de 500 á 2,000: en las estepas del Kordofan he visto pacer una manada que constaba al menos de 250,000 cabezas. Varios miles se utilizan solo para recorrer el camino del desierto entre Korosko y Abu-Hammed, en la Nubia; y antes de construirse el camino de hierro, seiscientos camellos hacían diariamente el trayecto entre el Cairo y Suez. Al llegar la mala de las Indias orientales, se ven caravanas de dos á trescientos que están saliendo durante algunas horas por las puertas de esa ciudad (fig. 207). No puede calcularse el número de camellos que hay en los grandes caminos del desierto, entre los países del Níger y el norte de África: la tribu de Tibbo posee varios centenares de miles: los berberiscos tienen mas de un millon; y en la Arabia Feliz y en la Petrea, se crían también muchos, particularmente en el Nedjed. Este país abastece á la Siria, al Hedjaz y al Yémen, suministrando asimismo todos los años varios miles para Anatolia. Es inmenso el número de camellos que perecen anualmente en el desierto; solo se puede formar una idea al atravesar aquellos lugares.

Así en el desierto de Nubia como en el de Bahionda, ví á lo largo de los caminos esqueletos de estos animales oprimidos unos contra otros en una extension de varias leguas, y sirven en cierto modo para marcar el itinerario á los viajeros. El desierto es la patria y el país natal del camello, y también su lecho de muerte y su tumba; el número de los individuos que se matan no tiene importancia, si se compara con el de los que perecen en los caminos.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.— El camello observa un régimen exclusivamente vegetal, y no es muy delicado en la eleccion del alimento; puede decirse que la sobriedad es su cualidad mas recomendable, pues se contenta con el peor forraje. Durante varias semanas no come sino las plantas mas secas y escualidas del desierto, las yerbas cortantes y el ramaje medio seco; en caso de apuro conténtase con una cesta vieja ó un ruedo de hojas de palmera. En el Sudan oriental se hace preciso rodear con una cerca de espinos las chozas de los indigenas, formadas tan solo por un endeble amazon cubierto de yerba, pues de lo contrario se las comerian estos animales hasta los cimientos. Los pinchos y las espinas mas aceradas no hieren la boca del camello: cien veces le he visto tragar ramas de mimosas erizadas de púas, que segun se sabe son bastante agudas hasta para perforar la suela del zapato. En diversas ocasiones pudimos convencernos de ello en nuestras cacerías; uno de estos pinchos me atravesó un día la suela de la bota y me hirió en el dedo grueso del pié, tocando en la parte superior de aquella: tales son las espinas que el dromedario masca impunemente sin sufrir el menor daño.

Por la tarde hace alto la caravana y se sueltan los camellos para que busquen ellos mismos su alimento; entonces van de árbol en árbol, se comen todas las ramas que pueden alcanzar; las parten con sus labios hábilmente, y se las tragan luego á pesar de todas las espinas. Gústanles particularmente los alimentos sabrosos; se diseminan por los campos de *durrah*, donde causan grandes daños, y se comen los guisantes, las habas, las algarrobas y todos los granos, pues son muy aficionados á ellos. Durante los viajes á través del desierto, y como es necesario disminuir la carga todo lo posible, no lleva consigo cada árabe mas que un poco de *durrah* ó de cebada, y cada tarde da uno ó dos puñados á su camello. En las ciudades se alimentan estos rumiantes con habas, y en los pueblos con yerba seca ó paja de *durrah*. Parece que prefieren las hojas de los árboles de las breñas y tierras incultas,

segun lo demuestra la inclinacion á dirigirse á tales sitios como lo hace también la girafa.

Si le dan yerbas jugosas, y no se le carga con exceso ni se le fatiga en demasía, puede pasar el camello semanas enteras sin beber. Los nómadas del desierto de Bahionda abandonan muchas veces sus animales por espacio de un mes, sin cuidarse de ellos; los dejan elegir sus pastos, y á veces se contentan estos rumiantes, en todo aquel tiempo, con el rocío y el jugo de las plantas, que les basta para apagar su sed. No sucede lo mismo durante la sequía: se ha dicho y repetido que el camello podia estar quince ó veinte días sin beber; pero esto no pasa de ser una fábula. En diciembre de 1847 y en enero de 1848, atravesaba yo el desierto de Bahionda; durante el viaje, que duró ocho días, no recibieron nuestros camellos una gota de agua; pero habia entonces muchas plantas verdes, y los animales se conservaban bien. Dos años mas tarde, recorrí el mismo camino en el mes de junio, y los camellos sufrieron bastante hambre y sed; aunque se les dió de beber al cuarto día, hallábanse tan extenuados al sexto y al séptimo, que cayeron en tierra y tuvimos que hacer grandes esfuerzos para llevarlos al Nilo, siendo necesario descargar algunos. Durante el ardiente calor del verano de Africa se debe alimentar muy bien al camello, dándole suficiente de beber; y es preciso dejarle descansar por lo menos treinta ó cuarenta horas cada cuatro días. Solo en el caso excepcional de estar seca la fuente donde se creia encontrar agua es cuando padecen sed estos animales. En otro tiempo se trataba de explicar esta sobriedad del camello por una conformacion particular de su estómago: creíase que las celdillas mayores de los dos grandes compartimientos de este órgano eran depósitos de agua; y hasta en las antiguas relaciones se dice que los viajeros acosados por la sed en el desierto encuentran agua en el estómago del camello. Siempre he dudado de la exactitud del hecho; pero pedí no obstante informes á los camelleros, y ninguno habia oido tal cosa; semejante especie era enteramente nueva para ellos.

Mas tarde, cuando he visto matar algunos de estos rumiantes que habian apagado su sed la vispera, reconocí que era completamente imposible beber una agua mezclada durante varios días con los alimentos y el jugo gástrico. Sin contar que el camello tiene un olor nauseabundo, semejante caldo estomacal repugnaria aunque fuese á un hombre medio muerto de sed; el hedor que despiden el estómago de este animal, acabado de abrir, es del todo insoportable.

Es muy divertido ver llegar cerca de una fuente ó de un río á los camellos fatigados y hambrientos. Por estúpidos que sean, no olvidan los sitios donde bebieron una vez; levantan la cabeza, guiñan los ojos, aspiran el aire, inclinan las orejas hácia atrás y comienzan en seguida á correr de tal modo que es preciso cogerse bien á la silla para no caer. Llegados á la fuente, se empujan unos á otros, tratando de intimidarse con sus horribles aullidos. Al salir del desierto de Bahionda, llegaron tres de nuestros camellos á un canal de riego alimentado por una rueda hidráulica, en el cual caía un brazo de agua bastante crecido: detuviéronse al punto, y durante tres minutos se bebieron literalmente todo el liquido que debía caer en el canal. Sus cuerpos se hincharon en el acto, y durante la carrera, el agua acumulada en su estómago producía un ruido semejante al que ocasionaria la de un tonel á medio llenar. Cuando llega la estacion de las lluvias, los árabes del Sudan oriental disuelven tierras saladas ó sal en pequeños estanques que sirven de abrevadero á sus camellos. Esta sustancia aumenta el apetito del enorme rumiante, y crece su joroba rápidamente.

La mayor ó menor sobriedad del animal es casi siempre resultado de su educacion. Por lo mismo que el camello es

poco exigente, el buen trato y excesivo alimento le hacen perder muchas de sus buenas cualidades. Los del Sudan oriental y los del desierto, acostumbrados desde su juventud á no beber sino cada cuatro ó seis días, y á no alimentarse sino de las escasas yerbas de su patria, son mucho mas propios para los viajes por el desierto, que lo son los del norte, sobre todo los que habitan los países cultivados, donde nunca les falta el alimento ni la bebida. Es verdad que los camellos del desierto y los de las estepas, quedan mucho mas pequeños y flacos, pues se han trasformado poco á poco en animales completamente distintos de los del Egipto y de la Siria, y estos últimos no pueden competir con ellos en ningun concepto; no sirven ya sino para llevar carga y son del todo inútiles para los viajes.

Al mirar las pesadas formas del camello cuando no se halla en movimiento, difícil seria imaginarse que este animal puede rivalizar en rapidez con el caballo, y sin embargo así es. Los camellos nacidos en el desierto y en las estepas, son corredores excelentes y pueden salvar sin interrupcion distancias que no salvaria otro animal doméstico. Los individuos viejos tienen un paso muy pesado en apariencia, bien anden al paso ordinario ó bien al trote, pero es verdaderamente ligero y gracioso en los animales de silla; por lo regular caminan despacio, levantando mucho las piernas y moviendo continuamente la cabeza hácia adelante ó hácia atrás, de un modo tan extraño, que apenas puede uno figurarse un aspecto mas feo que el de este monstruo con sus lentos movimientos. Si se logra verdaderamente poner al trote un corredor que sea de una de las razas que conservan sin interrupcion la andadura, una vez empezada, el pesado animal parece ligero y gracioso.

Los camellos de carga que llevan mucho peso, recorren cinco leguas en tres horas y continúan su marcha sin detenerse desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche; un buen camello de silla salva fácilmente una distancia tres veces mayor en el mismo tiempo. Los beduinos, con su rica imaginacion, han exagerado mucho la rapidez de este animal por considerable que esta sea. En el Africa se designan los camellos de silla ligeros y adiestrados con el nombre de «hedjin» ó camello de los peregrinos, y al que los monta con el de «hedjan», palabra cuyo verdadero sentido es jinete de correo. Estos franquean en corto tiempo distancias increíbles.

Muy célebres son los camellos criados en los alrededores de Esneh, en el Alto Egipto, y mas aun los realmente incomparables de los bischaris en el Sudan oriental. En un «hedjin» emprendió la fuga Mohammed-Ali, salvando en una carrera continua de doce horas la distancia desde el Cairo hasta Alejandria, siendo esta distancia al menos de veinticinco leguas; fácil es deducir de este hecho la rapidez y resistencia á la fatiga de estos animales. En el Egipto y en la Nubia, los camellos que recorren una distancia de diez *mahatas* ó estaciones en el camino de las caravanas en un día, se llaman *deseanars* (aaschari) y se precian mucho y con razon, porque una *mahata* está distante regularmente de una y media legua hasta dos y media. Uno de estos *aaschari* hizo el camino desde Esneh, en el Alto Egipto, hasta Geneh, y debía volver á su punto de partida; pero el viaje le habia cansado tanto, que cayó á tres leguas de Esneh. Habia recorrido en nueve horas veinticinco leguas, atravesando dos veces el Nilo, lo cual le hizo perder al menos una hora; semejante carrera no la resistiria un caballo por bueno que fuera. Al principio este lleva la ventaja, porque su trote es mas rápido, pero muy pronto le alcanza aquel y le deja atrás, sin cambiar de paso; si se hace andar á un camello de silla desde el alba hasta muy entrada la noche, dejándole

descansar solamente durante las horas del mediodía, se le puede hacer trotar diez y seis horas, recorriendo fácilmente una distancia de veinte leguas. Un buen camello que haya recibido su alimento regular y su bebida, resiste tales fatigas tres y hasta cuatro días consecutivos; de modo que con uno solo de estos animales de silla, se puede franquear en el breve espacio de cuatro días ochenta leguas.

Tres cosas exige el árabe de un camello bueno: que tenga el lomo blando; que no sea necesario castigarle con el látigo y, en fin, que se levante y arrodille sin gritar. Solo aquel que ha tratado mucho con estos animales, sabe lo que significa esto.

El camello comun de carga es, para montar, el animal mas horrible que pueda imaginarse: con su paso de andadura, lanza al jinete de atrás á delante y de derecha á izquierda, haciéndole describir unas curvas muy extrañas; puede entonces compararse el jinete con un monigote chino puesto en movimiento. Cuando el animal trota ya no sucede esto, porque sus movimientos son mas iguales y alternativos paralizando el zarandeo de derecha á izquierda, y si el jinete posee bastante habilidad para sostenerse en la silla, no sufre con las sacudidas, por fuertes que sean, mas que con las del caballo. Cuando se enfurece mucho este cuadrúpedo, se pone regularmente al galope; no puede sostener largo rato este modo de correr, pero tampoco lo necesita, pues comunmente rueda el jinete por el suelo á los primeros minutos; el camello se aleja muy contento, adoptando pronto su paso ordinario. Por esta razon el árabe ha acostumbrado á sus camellos de silla á no andar sino al trote.

En las regiones montañosas la utilidad del camello es muy limitada, puesto que le es muy difícil subir y bajar las cuestas. Sobre todo al bajar no puede caminar sino con la mayor prudencia, porque á causa de su estructura, pierde con facilidad el equilibrio; y aunque á veces se le ve trepar cuando paca, lo efectúa con la mayor torpeza, siendo esta mas grande aun en el agua; ya cuando se le hace entrar en ella para beber, se pone como furioso, mayormente si se le obliga á atravesar un río. Los habitantes de las orillas del Nilo se ven obligados muchas veces á hacer pasar los camellos de una márgen á otra, efectuándolo de una manera que haria erizar los cabellos á un europeo. Este cuadrúpedo no puede nadar, y sin embargo debe atravesar á nado el río, porque las barcas de transporte no son mas que canoas demasiado estrechas para colocar en ellas al torpe animal. Por eso los árabes emplean el medio siguiente: Uno de ellos le pasa una cuerda alrededor de la cabeza y del cuello, pero de modo que no pueda estrangulárle, haciéndole entrar así por fuerza en el río; dos ó tres hombres le castigan con latigazos. El animal quisiera aullar, pero el lazo lo impide; quisiera huir, pero la cuerda le detiene, y si no sigue voluntariamente, el cabestro le oprime fuertemente el hocico, obligándole así á atravesar el agua de grado ó por fuerza. Tan luego como pierde el pié se abren sus feas fosas nasales, sus ojos salen de sus órbitas y las orejas se menean convulsivamente. Un árabe sentado en la popa de la canoa le coge por la cola, otro le sostiene con el nudo corredizo la cabeza sobre el agua y de tal modo que apenas puede respirar; y así se efectúa la travesía á pesar de toda la resistencia que opone el animal. Al tocar en la orilla opuesta, se escapa regularmente y corre como un furioso, y solo cuando se ha convencido bien de que se encuentra en tierra firme, vuelve á recobrar poco á poco su tranquilidad.

La voz del camello es difícil de describir; tan pronto se le oye gemir de la manera mas extraña, como gruñir, rugir ó aullar. Entre los sentidos es el oído el mas desarrollado; la vista no es tan buena y el olfato malo del todo; el tacto, al contrario, parece fino y el gusto se observa algunas veces. En general el camello es un animal de sentidos obtusos.

Nada habla tampoco en favor de su inteligencia. Para poder juzgar un camello es preciso observarle en circunstancias en que pueda mostrar sus facultades intelectuales; es menester elegir á este efecto uno que haga lo que menos le guste, es decir, cuando trabaje. Trasládemonos con la imaginación á un pueblo situado á la entrada de uno de los caminos del desierto.

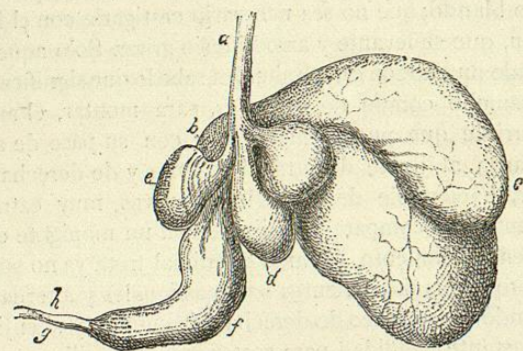


Fig. 200. — ESTOMAGO DEL RUMIANTE, VISTO POR FUERA (1)

Los camellos de carga que han llegado la vispera, con su aire de inocencia, comienzan á devorar las paredes de la choza de paja, que sus propietarios ausentes no han tenido

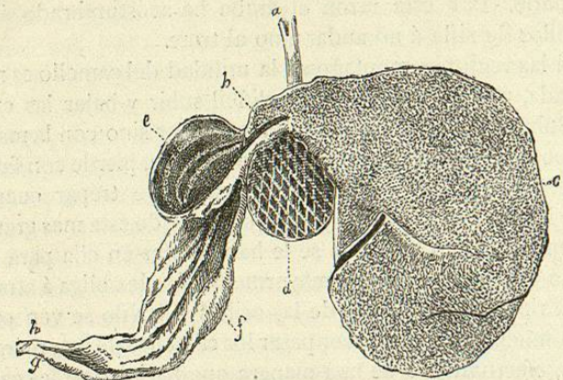


Fig. 201. — ESTOMAGO DEL RUMIANTE, CORTE INTERIOR (1)

la precaucion de rodear con una cerca de espinos. Los camelleros, ocupados en pesar sus fardos, gritan con toda la fuerza de sus pulmones, y con tal furor aparente, que se teme á cada instante presenciar un asesinato. Algunos camellos hacen acompañamiento con sus aullidos, y los demás permanecen silenciosos; pero parecen comprender que ya les llegará su turno.

En efecto, el sol marca la hora de la oracion del medio dia; de todas partes llegan hombres de atezada piel para buscar sus camellos, dispuestos á devorar alguna cabaña ó causar otro desperfecto. Cada animal es conducido ante la carga que debe llevar, y se le ruega con ronca voz, acompañada de algunos latigazos, que se ponga de rodillas. Obedece, mas no sin oponer resistencia; parece entrever una serie de dias aciagos; aulla con toda la fuerza de sus pulmones y rehusa presentar el lomo. En vano buscaria el juez mas benévolo una mirada de bondad en aquellos ojos feroces; pero el camello se somete á la fuerza; no con obediencia y resignacion, no con paciencia y magnanimidad, sino con todos los indicios de la cólera, rodando los ojos, rechinando. Produce entonces los sonidos mas discordantes, sin timbre ni ritmo; mezcla las notas altas y bajas, destrozando la poca

(1) a, esófago; b, punto donde se encuentra el canal esofágico; c, panza; d, abomaso; e, libro; f, cuajar; g, h, piloro.

armonia que pudieran guardar entre sí; en una palabra, desnaturaliza todos los sonidos que le concedió la naturaleza. Por fin parecen cansados sus pulmones, pero no es así; no hace mas que cambiar de voz y producir un sonido plañidero: la rabia que llenaba el corazon de aquel animal cede su puesto á un sentimiento de dolor, cual si el camello reflexionara sobre la esclavitud y sus tristes consecuencias: los rugidos se convierten en verdaderas quejas. No soy uno de los poetas elegiacos y sentimentales de nuestra época; no puedo expresar bien mi pensamiento; pero diria que el camello recuerda, en su dolor profundo, los buenos tiempos de la edad de oro, aquella época en que el hombre no le utilizaba aun como animal de carga, y podia recorrer alegre y contento las llanuras siempre verdes de su Eden. Sus tristes quejas bastarian para commover á una piedra, pero el corazon del camellero es mas duro todavia; el verdugo per-

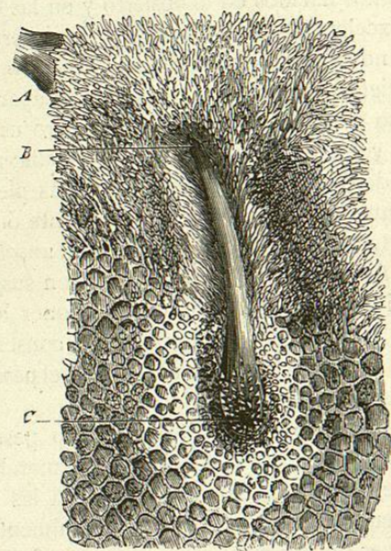


Fig. 202. — CANAL ESOFAGICO (2)

manece sordo á los lamentos angustiosos que exhala el desgraciado animal. Uno de los camelleros se sienta sobre las ancas del rumiante, le coge con fuerza el hocico y le sujeta mas ó menos vigorosamente, pues juzga oportuno proteger sus miembros contra las mordeduras del camello, porque

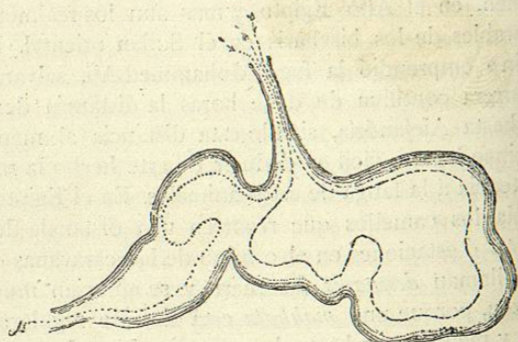


Fig. 203. — ESQUEMA QUE INDICA LA MARCHA DE LOS ALIMENTOS EN EL ESTOMAGO DE LOS RUMIANTES

creo que es el peor de los animales cuando está furioso. En ley y en justicia, debo abogar aquí por la victima: ¿qué ha de hacer un animal que apenas puede moverse bajo un peso

(2) A, extremidad inferior del esófago; B, orificio cardiaco; C, orificio superior del libro, según Collin. *Tratado de fisiología comparada de los animales domésticos*. Paris, 1870.

enorme, que debe andar con una carga dias enteros, y al que privan del aire necesario para respirar, oprimiéndole con fuerza las narices? Semejantes tratamientos bastarian para convertir á un ángel en demonio, y á fe que el camello no ha dado nunca pruebas de tener una paciencia angelical. ¿Quién extrañará que manifieste su descontento, agitando violentamente la cabeza? ¿quién ha de censurarle porque muerda y coce, y arroje su carga y trate de escaparse aullando de una manera espantosa? Y sin embargo, los árabes le reprenden porque demuestra una cólera tan justificada: ellos, que tratan á todos los animales como mahometanos, le gritan de continuo: «¡Que Dios te maldiga, á tí, á tu padre y á tu raza, miserable perro!» (Allah inhal-ek, bouk, oualdin-ek, ia kelb; hallouf!) Así diciendo, descargan sobre él pun-

tapiés y latigazos, y á las reiteradas súplicas, á las quejas mas tristes, á la cólera mas reconcentrada, contestan solo con el desprecio y la risa.

Después de soltar el hocico del camello, se coge el látigo y se le obliga á levantarse: una vez mas lanza un aullido para expresar toda su cólera, todo su desden hacia el hombre; y luego permanece callado todo el dia, poseído sin duda del sentimiento de su grandeza y elevacion. Parécele acaso humillante dar á conocer al hombre el dolor que le causa su indigno proceder, y hasta la tarde camina silencioso sin exhalar una queja; pero cuando llega la hora de echarse y de que le descarguen, desahoga de nuevo su corazon y da rienda suelta á su impotente cólera.

Hé aquí cómo se conduce el camello cuando se le carga

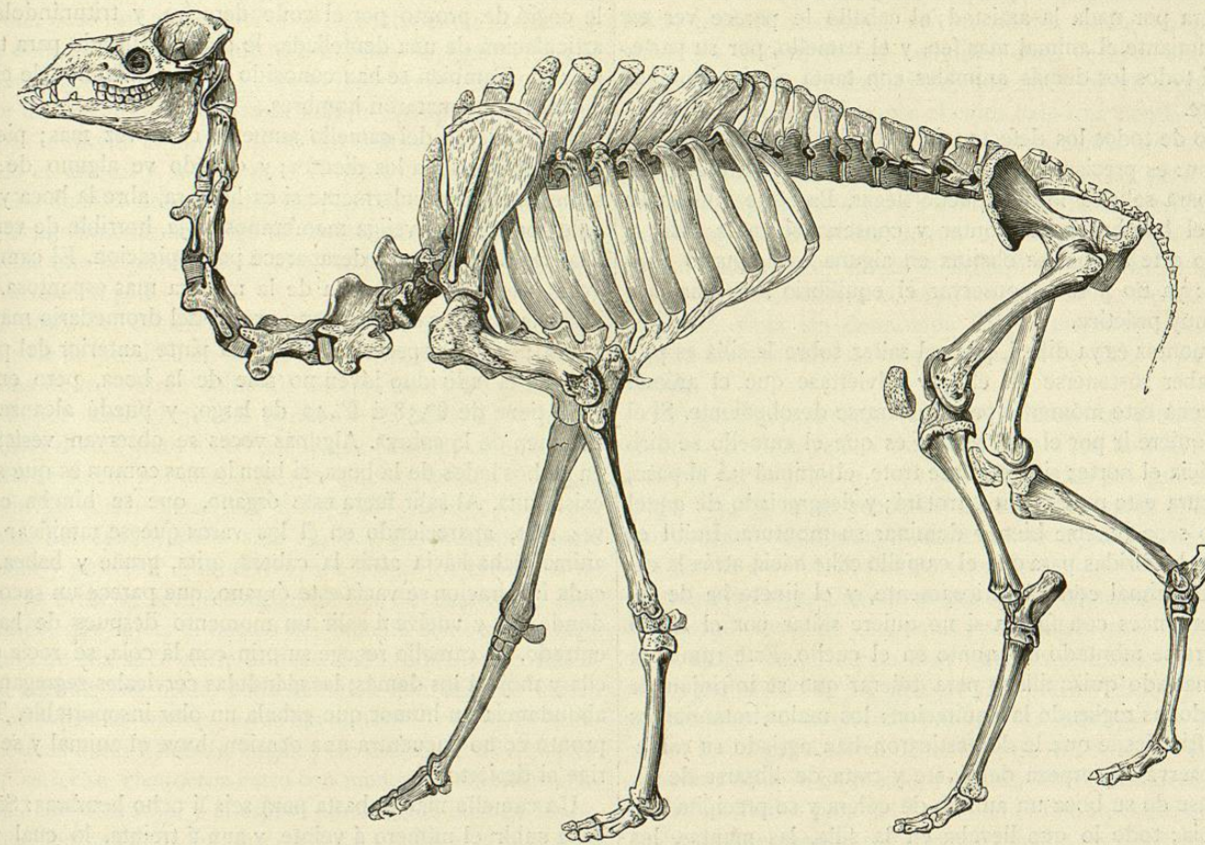


Fig. 204. — ESQUELETO DEL CAMELLO DROMEDARIO (1)

y se le descarga: aun hoy me acuso de haber desconocido la generosa índole de este sér y de haber vituperado tan inconsideradamente esas manifestaciones de una cólera harto justificada y de un deseo de venganza demasiado natural.

Creo haber expuesto imparcialmente las cualidades y condiciones del camello; pero tambien me parece justo exponer mi opinion acerca del hombre. La cuestion varía un poco en este punto: no puede negarse que el camello está admirablemente dotado para excitar continuamente la cólera de nuestros semejantes, ni conozco otro animal que se le pueda comparar por este concepto. Al lado de él es el buey un sér encantador; el mulo, un cuadrúpedo dócil, á pesar de reunir todos los defectos que tienen los mestizos; el carnero prudente y el asno bondadoso.

La estupidez y la malignidad suelen ser compañeras inseparables; si á esto se añade la pereza, un carácter arisco, la obstinacion y terquedad, la repugnancia á todo lo razonable, el odio ó la indiferencia con su guardian y bienhechor; y otros mil defectos que no cito aquí, desarrollados hasta su máximo en un mismo sér, tendremos un conjunto mas que suficiente para enfurecer al hombre mas pacífico. El árabe cui-

da de sus animales domésticos cual si fueran sus propios hijos, pero el camello le hace montar en cólera: esto lo comprende muy bien uno cuando ha sido arrojado á tierra por el animal, pisoteado, mordido y abandonado en las estepas; cuando por espacio de varios dias y semanas lidia un hombre con este animal que le abrasa la sangre con notable perseverancia y paciencia; y por último, cuando se prueban inútilmente todos los medios de enseñanza y se apura todo el catálogo de ternos y maldiciones que pueden moderar la tension eléctrica del alma.

El camello despide un olor, comparado con el cual el almizcle es un agradable perfume; este rumiante desgarrá el tímpano con aullidos, y ofende la vista con su fea cabeza y prolongado cuello; pero no es esto todo lo que se debe tener en cuenta. Lo que yo quiero dejar sentado es que se resiste intencionalmente á la voluntad del camellero; de los miles de estos rumiantes que me ha sido dado observar durante mis viajes por Africa, no he visto mas que uno solo que manifes-

(1) Según Chauveau, *Tratado de anatomía comparada de los animales domésticos*. Paris, 1870.